



DOCUMENTO INFORMATIVO: FUERZAS DE MYANMAR PRIVAN DE ALIMENTOS, SECUESTRAN Y ROBAN A PERSONAS ROHINGYAS, Y LA LIMPIEZA ÉTNICA PERSISTE

Las fuerzas de seguridad de Myanmar están cometiendo graves violaciones de derechos humanos contra la población rohingya que permaneció en el norte del estado de Rajine a pesar de la campaña de violencia que las fuerzas armadas llevaron a cabo allí el año pasado. Desde el 30 de noviembre de 2017, miles de mujeres, hombres, niñas y niños han huido a Bangladesh, con lo que asciende a 688.000 el número de rohingyas que han huido desde agosto de 2017.¹

El 25 de agosto de 2017, las fuerzas armadas de Myanmar lanzaron una operación contra la población rohingya en el norte del estado de Rajine, en respuesta a los ataques previamente perpetrados por el grupo armado Ejército de Salvación Rohingya de Arakán contra unos 30 puestos de las fuerzas de seguridad, en los que murieron 12 agentes. La campaña de las fuerzas armadas se ha caracterizado por crímenes de lesa humanidad, que incluyen homicidios generalizados de mujeres, hombres, niñas y niños rohingyas; violaciones y otras formas de violencia sexual contra mujeres y niñas, expulsiones masivas y quema sistemática de pueblos.²

En las investigaciones que realizó en Bangladesh entre el 17 y el 31 de enero, Amnistía Internacional entrevistó a once hombres y ocho mujeres rohingyas que habían huido de sus pueblos en Myanmar en diciembre de 2017 o enero de 2018, meses después de que las autoridades de Myanmar afirmaran que la violencia había terminado. Varias de esas personas fueron entrevistadas el día que llegaron al campo de refugiados, mientras que las restantes habían llegado, en general, 10 días antes como máximo. La inmensa mayoría procedían de pueblos del subdistrito de Buthidaung, aunque Amnistía Internacional también entrevistó a personas recién llegadas de los subdistritos de Maungdaw y Rathedaung.

Este documento informativo analiza las violaciones de derechos humanos que continúan obligando a familias rohingyas a abandonar Myanmar, así como los abusos que padecen durante su huida. La escasez de alimentos es el motivo más común para huir que mencionan las personas recién llegadas, ya que debido a acciones deliberadas de las autoridades de Myanmar —como la privación de acceso a campos de arroz y las restricciones de acceso a la ayuda humanitaria— muchas personas rohingyas que han intentado permanecer en sus pueblos se están viendo, de hecho, privadas de alimentos. En varios pueblos rohingyas, los soldados de Myanmar han perpetrado asimismo secuestros, especialmente de niñas y mujeres jóvenes, y las noticias de esos hechos han llevado a huir a otras personas. En las últimas semanas, mientras quienes huían caminaban durante días en dirección a Bangladesh, fuerzas de Myanmar les han robado sistemáticamente en los puestos de control, para quitarles dinero y otras pertenencias.

Aunque el período más agudo de la violencia contra los rohingyas tuvo lugar de fines de agosto a fines de septiembre, todas las acciones de las fuerzas de seguridad parecen haberse diseñado con un mismo objetivo: hacer que vivir en el norte del estado de Rajine sea imposible para la población rohingya.

PRIVACIÓN FORZADA DE ALIMENTOS

El estado de Rajine es uno de los más pobres de Myanmar. La mayoría de sus habitantes viven en zonas rurales, en las que dependen de la agricultura, y en particular de la pesca y los cultivos, para ganarse la vida. La población

¹ Grupo de Coordinación Intersectorial (ISCG, por sus siglas en inglés), *Situation Report: Rohingya Refugee Crisis*, 27 de enero de 2018 (que identificó a 688.000 personas llegadas a Bangladesh desde el 25 de agosto de 2017); entrevistas con Amnistía Internacional, enero y febrero de 2018.

² Véase Amnistía Internacional, *“My World Is Finished”: Rohingya Targeted by Crimes Against Humanity in Myanmar* (Índice: ASA 16/7288/2017), 18 de octubre de 2017.

del norte del estado de Rajine, una zona de mayoría rohingya, tiene desde hace mucho tiempo tasas de desnutrición altas. La desnutrición entre la población rohingya en particular se debe en parte a las duras restricciones de circulación inherentes al sistema de *apartheid* en el que viven, que les impiden acceder a campos, bosques, ríos y aguas costeras.³

A partir de los ataques del 25 de agosto, las autoridades de Myanmar intensificaron esas restricciones y sometieron a una presión aún mayor a la población rohingya. “No podíamos conseguir comida, por eso huimos”, señala Dildar Begum, una mujer de 30 años procedente de la comarca de Ka Kyet Bet Kan Pyin, cerca de la localidad de Buthidaung, reiterando el motivo más común para huir mencionado por las personas recién llegadas.⁴ Al negar el acceso a campos de arroz, quemar algunos mercados y negar el acceso a otros, restringir gravemente el acceso a organizaciones humanitarias que facilitan alimentos y otros tipos de ayuda esencial, y hacer la vista gorda ante los saqueos de ganado rohingya perpetrados por lugareños no rohingyas, las autoridades de Myanmar, y en especial las fuerzas armadas de ese país, han instaurado de hecho una política de privación forzada de alimentos.⁵

NEGATIVA DE ACCESO A LOS CAMPOS DE ARROZ

La mayoría de las personas rohingyas recién llegadas a las que entrevistó Amnistía Internacional señalaron que las autoridades, normalmente las fuerzas armadas, les habían impedido cosechar sus cultivos de arroz en la temporada de cosecha, en noviembre y diciembre.⁶ Hubo excepciones, y varias personas recién llegadas de comarcas que sólo tienen población rohingya señalaron que habían podido cosechar y moler al menos una parte de su cosecha. Para la mayoría, sin embargo, no poder reponer las provisiones de su alimento básico suponía una perspectiva creciente de morir de hambre. Tras permanecer en el norte del estado de Rajine durante el período más agudo de los homicidios, las violaciones y los incendios provocados perpetrados por las fuerzas armadas, la falta de alimentos finalmente las llevó a Bangladesh.

Varias personas rohingyas recién llegadas explicaron que habían empezado a cosechar los campos de arroz, pero que luego les impidieron seguir. Abdu Salam, de 37 años, vivía en el pueblo de Hpon Nyo Leik, inmediatamente al sur de la localidad de Buthidaung, y trabajaba como jornalero en los arrozales de otras personas. Según dijo a Amnistía Internacional, pudo trabajar durante cuatro o cinco días al comienzo de la cosecha. “Luego vinieron los soldados y dijeron: ‘Esta cosecha no es suya’. Éramos muchos los que estábamos cosechando allí. A todos nosotros nos obligaron a irnos”, recuerda. Poco después, vio a lugareños no rohingyas cosechando esas mismas tierras con maquinaria.⁷

Abdu Salam afirmó que la población rohingya de Hpon Nyo Leik sólo pudo cosechar los pequeños arrozales justo al lado del pueblo, pero apuntó: “En los lugares donde hay zonas [agrícolas], en las que los campos son interminables, ahí no pudimos ir”.⁸ Sus vecinos dieron algo de arroz a su familia que les permitió sobrevivir durante varias semanas, pero Abdu indicó que no era suficiente para sus hijos y que eso los obligó a abandonar

³ Amnistía Internacional, *Caged Without a Roof” Apartheid in Myanmar’s Rakhine State* (Índice: ASA 16/7436/2017), noviembre de 2017. Para más información sobre las tasas de desnutrición anteriores a la crisis actual, véase el documento del Programa Mundial de Alimentos *Food security assessment in the northern part of Rakhine State: Final Report*, julio de 2017, https://docs.wfp.org/api/documents/WFP0000019264/download/?_ga=2.193844397.1274248860.1510069014-1309529638.1508234327.

⁴ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Balukhali, Bangladesh, 24 de enero de 2018.

⁵ Para más información sobre los niveles de desnutrición aguda entre la población rohingya que huye a Bangladesh, véase, p. ej., el artículo de Kate Hodal “Rohingya children close to starvation amid ‘health crisis on an unimaginable scale’”, *The Guardian*, 10 de noviembre de 2017, <https://www.theguardian.com/global-development/2017/nov/10/rohingya-kids-starvation-health-crisis-unimaginable-scale-malnutrition-myanmar-bangladesh>.

⁶ En octubre, el gobierno de Myanmar anunció que en noviembre comenzaría a cosechar los cultivos de los arrozales en 20 comarcas del subdistrito de Maungdaw, en lo que parecía una confiscación masiva de cultivos rohingyas. *Global New Light of Myanmar*, “Harvesting combines arrive in Rakhine State”, 25 de octubre de 2017, www.globalnewlightofmyanmar.com/harvesting-combines-arrive-rakhine-state/. El ministro principal del estado de Rajine señaló que el gobierno vendería los cultivos y que el dinero obtenido de su venta se sumaría al presupuesto del estado y se emplearía para el desarrollo de Rajine. Ministerio de Información, “Sales from Maungdaw paddy kept as national budget”, 12 de noviembre de 2017, <http://www.moi.gov.mm/moi:eng?q=news/12/11/2017/id-11975>. Tras las protestas de parte de la comunidad diplomática, el gobierno nacional anunció que los campos de arroz cosechados “se devolverían a sus dueños originales, ya sea en efectivo o en forma de arroz”. Union Enterprise for Humanitarian Assistance, Resettlement, and Development in Rakhine, “Clarification regarding harvested rice in northern Rakhine State”, 12 de noviembre de 2017, <http://rakhine.unionenterprise.org/latest-news-en/205-2017-11-12>. Varias personas con conocimiento directo de la cosecha en el norte del estado de Rajine dijeron a Amnistía Internacional que finalmente sólo se cosechó una pequeña proporción de los arrozales; la mayoría de la cosecha se pudrió, en parte debido a que quedaban demasiado pocas personas en la región para poder trabajar esas tierras. Entrevistas con Amnistía Internacional, 16 y 17 de enero de 2018.

⁷ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

⁸ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

Myanmar en diciembre de 2017. Asimismo, afirmó que la escasez de alimentos forzó a muchas otras familias a huir de su pueblo más o menos al mismo tiempo, mientras que quedaban otras que estaban decidiendo hacia dónde huir.⁹

De igual forma, un campesino y comerciante de 35 años procedente del pueblo de Ah Lel Chaung, también en el subdistrito de Buthidaung, dijo a Amnistía Internacional que, aunque tiene 1,2 hectáreas de campos de arroz, sólo se le permitió cosechar el tercio que estaba junto a su hogar; las fuerzas de seguridad no le permitieron acceder a los campos más alejados del pueblo. Por eso, y por otras presiones que la dejaron sin alimentos suficientes, su familia huyó y llegó a Bangladesh a mediados de enero.¹⁰

Otros campesinos rohingyas señalaron que los soldados no les habían permitido cosechar ningún campo. Un hombre de 46 años procedente del pueblo de Sin Thay Pyin (Laung Don), en el subdistrito de Maungdaw, afirmó que su familia comenzó a padecer la escasez de alimentos en agosto, cuando quemaron su hogar y lugareños no rohingyas le robaron sus 18 vacas y 12 búfalos. Además explicó que las autoridades se negaron a intervenir y a devolverle el ganado. Luego, en diciembre, le impidieron cosechar sus arrozales. “Éramos seis cerca de la carretera. Vimos a unos soldados que venían hacia nosotros. Salimos y les preguntamos: ‘Nuestros arrozales están listos, ¿podemos cosecharlos?’ Nos dijeron que no, que eran propiedad del Estado, no propiedad nuestra”, recuerda.¹¹

Poco después, vio cosechar sus tierras a lugareños no rohingyas. Su familia casi se había comido todo el arroz de la cosecha del año anterior, aunque llevaban meses comiendo menos de lo habitual. Muchas familias rohingyas habían huido a finales de agosto —añadió—, cuando las fuerzas armadas atacaron el pueblo y quemaron parte de éste. De las que quedaban, varias familias más emprendieron el camino a Bangladesh aproximadamente cuando él lo hizo. “¿Cómo podíamos quedarnos?”, pregunta a su llegada al campo de refugiados. “Todos esos recuerdos, si pensamos en ellos, nos hacen sentir que no deberíamos sobrevivir en este mundo. Deberíamos simplemente tomarnos un veneno y morirnos”.¹²

Hasina, de 25 años, se había quedado en el pueblo de Hpoe Khaung Chaung, en el subdistrito de Buthidaung, incluso cuando mataron a muchos rohingyas a finales de agosto en el pueblo vecino de Gu Dar Pyin. Sin embargo, cuando se prohibió a su familia y a otras familias rohingyas que cosecharan sus campos de arroz (y tuvieron que ver cómo los cosechaban en su lugar lugareños no rohingyas), sintieron que no tenían ninguna opción más que marcharse. “Teníamos muy poco que comer”, relata a Amnistía Internacional. “No había suficiente para nuestros hijos [...] Pensábamos que tal vez llegara la paz, pero vimos que no estaba cambiando nada.” Ella y su familia —señaló— llegaron a Bangladesh alrededor del 18 de enero, junto con una decena de familias más en circunstancias similares.¹³

ROBO DE GANADO DE LA POBLACIÓN ROHINGYA

En decenas de entrevistas realizadas en Bangladesh en septiembre de 2017, hombres y mujeres rohingyas de todo el norte del estado de Rajine describieron a Amnistía Internacional cómo a sus familias les habían robado sus vacas, búfalos y gallinas, en hechos normalmente perpetrados por vecinos no rohingyas que vivían en la misma comarca. Esos robos se producían a menudo durante los ataques contra pueblos rohingyas de soldados de Myanmar (a veces con la colaboración de paramilitares locales), o inmediatamente después de esos ataques. Los testigos afirmaban constantemente que las fuerzas de seguridad participaban activamente en el robo de ganado o, como mínimo, no hacían nada al ver cómo los lugareños no rohingyas se llevaban los animales.

El robo de ganado continuó tras la violencia aguda de fines de agosto y de septiembre. Por ejemplo, Abdul Ghani, de 27 años, dijo a Amnistía Internacional en enero de 2018 que, en su pueblo, Thein Tan, en el sur del subdistrito de Buthidaung, la población rohingya había puesto todos sus búfalos y vacas en una zona y que había designado a ocho personas para que los cuidaran. En octubre, un grupo de personas armadas con cuchillos largos los atacó de noche, causando un corte en un lado de la cara a uno de los guardianes, y se llevó búfalos y vacas. En respuesta a esto, la comunidad trasladó el ganado restante a otra zona, en los confines del pueblo. En noviembre, se produjo otro ataque nocturno. Los líderes comunitarios se quejaron al administrador del pueblo.

⁹ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

¹⁰ Entrevista con Amnistía Internacional, nombre reservado, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 27 de enero de 2018.

¹¹ Entrevista con Amnistía Internacional, nombre reservado, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

¹² Entrevista con Amnistía Internacional, nombre reservado, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

¹³ Entrevista con Amnistía Internacional, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

Según los informes, éste les dijo que, si no podían reconocer a los autores del ataque, él no podía hacer nada. “Como no logramos que se hiciera justicia, y nunca íbamos a lograrlo, pensamos que era mejor vender todos esos búfalos y vacas, antes de que se los llevaran”, señala Abdul Ghani. “Matamos a las vacas y vendimos la carne.”¹⁴

Después, cuando el administrador del pueblo ordenó a todos los rohingyas que obtuvieran la Tarjeta de Verificación Nacional —documento de identificación temporal que la mayor parte de los rohingyas rechaza porque no los reconoce como ciudadanos—, Abdul Ghani y decenas de personas más (si no cientos) abandonaron Thein Tan para trasladarse a Bangladesh.¹⁵

Muchas otras personas recién llegadas a Bangladesh citaron el robo de su ganado en agosto y septiembre como el hecho que, combinado con la falta de acceso a sus campos de arroz, provocó a fin de año el empeoramiento de su seguridad alimentaria y terminó por forzarlas a abandonar Myanmar.¹⁶

FALTA DE ACCESO A LOS MERCADOS

Desde el comienzo de la crisis, las fuerzas de seguridad de Myanmar y paramilitares locales han incendiado y saqueado puestos en los mercados rohingyas. Algunas veces, la destrucción de los mercados parece ser parte de la quema sistemática de pueblos rohingyas enteros. Otras veces, parece que se toma a los mercados como objetivos específicos incluso en ocasiones en las que no se ataca a casas cercanas, como cuando los soldados incendiaron el mercado de la comarca de Sein Hnyin Pyar, en el subdistrito de Buthidaung, a fines de agosto.

Basándose en entrevistas con personas recién llegadas a Bangladesh y con activistas rohingyas, Amnistía Internacional cree que la práctica atacar específicamente los mercados rohingyas se prolongó hasta finales de 2017. Los que aún están intactos muchas veces abren sólo con un horario limitado y es difícil llegar hasta ellos, ya que las restricciones de circulación se han intensificado aún más.¹⁷ Esta falta de acceso a los mercados ha exacerbado las dificultades económicas y la inseguridad alimentaria y es otro factor que ha llevado a la población rohingya a seguir huyendo en diciembre de 2017 y enero de 2018.

Un hombre de 41 años relató a Amnistía Internacional que se ganaba la vida como pequeño comerciante y vendía pescado seco en el mercado de Taung Bazar, en el subdistrito de Buthidaung. En septiembre, vio cómo incendiaban su puesto y otros gestionados también por comerciantes rohingyas, lo cual le provocó pérdidas de dinero en efectivo y productos, y le privó de su medio de vida. Huyó al subdistrito de Maungdaw con varios de sus hijos y mendigó comida, además de trabajar como jornalero para sobrevivir, antes de escapar a Bangladesh a fines de enero de 2018, cuando la falta de alimentos lo sumió en la desesperación.¹⁸

Un campesino de 47 años del pueblo de Ka Kyet Bet, en el subdistrito de Buthidaung, compartió un relato similar, señalando que su familia abandonó Myanmar a principios de enero por falta de alimentos. Habían quemado los puestos del mercado de su pueblo en octubre o noviembre de 2017, privando a la comunidad del mercado al que más fácilmente podía acceder. La localidad de Buthidaung pasó a ser el mercado más cercano. “Había que ir al mercado de Buthidaung y, para llegar hasta allí, uno tenía que pasar por un puesto de control. Comprueban la Tarjeta de Verificación Nacional”, apunta. “Si encuentran a alguien que no la tiene, lo golpean. Así que, ¿cómo podíamos ir al mercado?”¹⁹

Al menos otras siete personas rohingyas recién llegadas hicieron referencia a la creciente presión de las autoridades para que obtuvieran la Tarjeta de Verificación Nacional, y al uso del medio de vida básico de la población para intensificar esa presión. Abdu Salam, de 37 años, afirmó que el mercado cercano a su pueblo seguía activo, pero que “si uno va al mercado, tanto si es vendedor como si es cliente, necesita la Tarjeta de Verificación Nacional. No queremos solicitar la Tarjeta de Verificación Nacional.”²⁰

A veces, los soldados han empleado la violencia para presionar a la población para que solicite la Tarjeta de Verificación Nacional. El campesino y comerciante de Ah Lel Chaung de 35 años antes mencionado, dijo a Amnistía Internacional que, a mediados de diciembre, los soldados fueron hasta su tienda en el mercado del

¹⁴ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

¹⁵ Para más información sobre la Tarjeta de Verificación Nacional, véase el documento de Amnistía Internacional *Caged Without a Roof*, pp. 28-41.

¹⁶ Entrevistas con Amnistía Internacional, Bangladesh, enero de 2018.

¹⁷ Para más información sobre las restricciones de movimientos, véase el documento de Amnistía Internacional *Caged Without a Roof*, pp. 42-58.

¹⁸ Entrevista con Amnistía Internacional, nombre reservado, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 29 de enero de 2018.

¹⁹ Entrevista con Amnistía Internacional, nombre reservado, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

²⁰ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

pueblo y le dijeron que necesitaba la Tarjeta de Verificación Nacional, y luego lo golpearon. Después, lugareños no rohingyas saquearon su comercio. Unos 10 días después, tanto él como su familia se dirigieron a Bangladesh.²¹

FALTA DE ACCESO A AYUDA HUMANITARIA

Desde principios de agosto de 2017— es decir, desde varias semanas antes de los ataques del Ejército de Salvación Rohingya de Arakán y la campaña de violencia posterior que pusieron en marcha las fuerzas armadas de Myanmar—, las autoridades del país han restringido enormemente, y a veces directamente bloqueado, el acceso de ayuda al norte del estado de Rajine. La población rohingya que vive allí padece inseguridad alimentaria desde hace mucho, en gran medida por las graves restricciones de circulación que limitan su acceso a zonas de las que depende para obtener alimentos y fuentes de ingresos. Como consecuencia de ello, muchas de esas personas han dependido significativamente de la ayuda humanitaria para sobrevivir.

Las autoridades de Myanmar han permitido a algunas organizaciones de ayuda reanudar parcialmente sus actividades en el norte del estado de Rajine, pero todavía hay grandes lagunas en la cobertura y no todas las comunidades afectadas están recibiendo la asistencia que necesitan.²² Las autorizaciones de viaje para el personal de ayuda humanitaria muchas veces tienen una duración limitada, lo cual hace casi imposible garantizar el reparto sostenido de ayuda, mientras que el acceso a algunas zonas rurales es nulo. Cinco meses después del comienzo de la crisis, las autoridades aún no han permitido a la ONU y a otras agencias evaluar las necesidades de quienes permanecen en la región.

La mayoría de las personas recién llegadas a Bangladesh dijeron a Amnistía Internacional que no habían recibido entregas de alimentos desde agosto de 2017. Algunas señalaron que habían recibido una entrega a finales de 2017; de esas personas, una apuntó que las fuerzas armadas de Myanmar distribuían una pequeña cantidad de arroz, aunque era mucho menor que las entregas de la comunidad de ayuda anteriores a la crisis.²³

Varias personas rohingyas dijeron a Amnistía Internacional que la falta de acceso a ayuda humanitaria había afectado directamente a su seguridad alimentaria. Por ejemplo, Zaiur Rahman, de 31 años, llegó a Bangladesh a mediados de enero procedente de Ah Nauk Pyin, un pueblo aislado rohingya del subdistrito de Rathedaung, rodeado principalmente por pueblos con población de etnia rajine. Su aislamiento hacía que los habitantes del pueblo dependieran especialmente de la ayuda alimentaria. Zaiur Rahman señaló que una agencia de la ONU llevaba desde hacía mucho arroz por barco hasta el pueblo, pero que dejó de hacerlo poco antes del 25 de agosto. “Cuando se interrumpió, cortó nuestras raciones de comida. Sólo teníamos una pequeña cantidad de arroz”, recuerda. “El gobierno y la población de etnia [rajine] no nos permitían salir del pueblo.”

La situación se volvió cada vez más desesperada en octubre y a principios de noviembre, incluidas varias semanas en las que Zaiur Rahman afirmó que tanto su familia como otras se “morían de hambre”.²⁴ Al contrario que en muchos otros pueblos, las familias rohingyas de Ah Nauk Pyin pudieron cosechar algunos arrozales en torno a su pueblo, lo cual les permitió reponer provisiones mínimas de arroz. Sin embargo, Zaiur Rahman apuntó que, sin el suplemento de la ayuda alimentaria, se estaban comiendo rápidamente su arroz y que eso lo obligó, tras resistirse durante cuatro meses, a trasladar a su familia a Bangladesh. Asimismo, indicó que al menos varias decenas de familias más de ese mismo pueblo huyeron en esos mismos días.²⁵

SECUESTROS DE MUJERES Y NIÑAS

Amnistía Internacional documentó tres incidentes en diciembre y enero en los que varios soldados secuestraron a niñas y mujeres jóvenes. Los familiares de éstas esperaron en vano durante días su regreso o cualquier información sobre su paradero y luego se trasladaron a Bangladesh, en parte por temor al secuestro de más mujeres y niñas. Varias personas rohingyas más que llegaron a Bangladesh en enero dijeron a Amnistía Internacional que habían oído hablar de secuestros de mujeres y niñas y que ése había sido uno de los factores que motivaron su huida.

Hasina, de 25 años, relató a Amnistía Internacional que seis o siete soldados entraron en la casa de su familia en el pueblo de Hpoe Khaung Chaung, en el subdistrito de Buthidaung, a principios de enero. Buscaron a todas las personas presentes en el hogar, apuntándoles con sus armas, y luego se fijaron en su prima de 15 años, Samuda.

²¹ Entrevista con Amnistía Internacional, nombre reservado, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 27 de enero de 2018.

²² Entrevistas con Amnistía Internacional, 17 y 18 de enero y 2 de febrero de 2018. Véase también Programa Mundial de Alimentos, *WFP Myanmar Country Brief: December 2017*, 31 de diciembre de 2017, https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/Myanmar%20CB%20December%202017_RBB%20cleared_V2.pdf.

²³ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

²⁴ Entrevista de Amnistía Internacional, campo de refugiados de Balukhali, Bangladesh, 24 de enero de 2018.

²⁵ Entrevista de Amnistía Internacional, campo de refugiados de Balukhali, Bangladesh, 24 de enero de 2018.

“Le dijeron a mi tío: ‘Si te niegas a entregar a tu hija, te mataremos’”, recuerda Hasina. “Se la llevaron a rastras”. Hasina afirmó que los soldados secuestraron a otras niñas y mujeres jóvenes del pueblo aproximadamente en la misma época.²⁶

El hombre antes mencionado, de 46 años y procedente de Sin Thay Pyin (Laung Don), en el subdistrito de Maungdaw, también dijo a Amnistía Internacional que unos soldados habían secuestrado a su hermana de 18 años. Él huyó primero de su hogar cuando los soldados lo quemaron, a finales de agosto. Tras ocultarse en las colinas cercanas, se refugió con algunos de sus familiares en el establo de las vacas. Durante meses, se movió entre ese lugar y la casa de un pariente, que seguía intacta, tratando de subsistir y de proteger los bienes de su familia. Su hermana menor se quedó con él, hasta que llegaron los soldados a principios de enero:

“Estábamos en el establo y llegaron los soldados. Eran cuatro o cinco, con uniformes de color verde oscuro. Entraron y tomaron algunos utensilios de cocina. Luego se fijaron en mi hermana. Me dijeron: ‘Tenemos que entrevistar a tu hermana. Tenemos que hablar con ella’. Se la llevaron y no volvió. Esperamos dos días [...] Una vez que [las mujeres] se van, nunca regresan, [y] nosotros no tenemos fuerza para cuestionar a las fuerzas armadas.”²⁷

El hombre no sabía dónde se habían llevado los soldados a su hermana, pero apuntó que hay un puesto de las fuerzas de seguridad cerca. Señaló que, en esa misma época, los soldados secuestraron a otras mujeres, a quienes describió como jóvenes y atractivas, en el pueblo.

La amenaza de secuestro está presente incluso cuando los rohingyas se preparan para trasladarse a Bangladesh. Hashim Ulla, de 35 años, y su familia huyeron inicialmente de su aldea en la comarca de Ah Lel Than Kyaw, subdistrito de Maungdaw, cuando los soldados la incendiaron a finales de agosto de 2017. Tras residir con parientes en otros pueblos, pasaron varios meses durmiendo a la intemperie en Gozon Dia, cerca del embarcadero de Nakhon Dia. Hacia el 22 de enero, llegaron a Gozon Dia soldados de Myanmar. Hashim Ulla relató que separaron a hombres y mujeres y que luego dijeron que necesitaban hombres para limpiar terrenos en una zona en la que se habían quemado casas, y mujeres para limpiar y hacer labores domésticas en el puesto militar.²⁸ Los soldados se llevaron, a punta de pistola, a su esposa Hasina, de 28 años; a su padre Sultan, de 60; y a su hijo Asmadullah, de 18. Hashim Ulla señaló que vio cómo se llevaban al grupo de mujeres, caminando, hacia el puesto de Ah Lel Than Kyaw. Esperó tres días, con su madre, sus hermanas y sus hijos, pero ninguno de los tres regresó y la familia no recibió ninguna información sobre ellos. Por temor a que los soldados volvieran y se llevaran a más personas, su familia y otras huyeron en barco a Bangladesh.²⁹

El secuestro de mujeres causa preocupación por la posibilidad de que se traduzca en violaciones y esclavitud sexual, en especial dado el elevado número de violaciones perpetradas durante las operaciones de las fuerzas armadas a fines de 2016 y, de nuevo, después del 25 de agosto de 2017.³⁰ Tras una visita a Cox's Bazar en noviembre de 2017, Pramila Patten, representante especial de la ONU sobre la violencia sexual en conflictos, se mostró preocupada, en concreto, por la esclavitud sexual en el norte del estado de Rajine.³¹ Las fuerzas de seguridad de Myanmar deberían dejar inmediatamente en libertad a las personas secuestradas o recluidas por otros medios, a menos que se las acuse formalmente de un delito reconocible a nivel internacional y que ordene su detención un tribunal civil independiente. Todas las personas cuyas detenciones se ordenen en esas condiciones deben tener asimismo acceso a asesoramiento legal y al Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR).

²⁶ Entrevista con Amnistía Internacional, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

²⁷ Entrevista con Amnistía Internacional, nombre reservado, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

²⁸ Entrevista con Amnistía Internacional, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 27 de enero de 2018. Aunque éste fue el único caso de trabajos forzados que documentó Amnistía Internacional, el ejército de Myanmar tiene un largo historial de empleo de minorías étnicas, incluida la rohingya, para trabajos forzados. Véase Reuters, “Forced labor shows back-breaking lack of reform in Myanmar military”, 2 de julio de 2015; Amnistía Internacional, “*All the Civilians Suffer: Conflict, Displacement, and Abuse in Northern Myanmar*” (Índice: ASA 16/6429/2017), 14 de junio de 2017; Amnistía Internacional, *Myanmar: Leaving Home* (Índice: ASA 16/023/2005), 7 de septiembre de 2005; Amnistía Internacional, *Myanmar: Exodus from the Shan State* (Índice: ASA 16/011/2000), 10 de julio de 2000.

²⁹ Entrevista con Amnistía Internacional, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 27 de enero de 2018.

³⁰ Entrevistas con Amnistía Internacional, Bangladesh, septiembre de 2017 y enero de 2018; Human Rights Watch, “*All of My Body Was Pain: Sexual Violence against Rohingya Women and Girls in Burma*”, noviembre de 2017; Amnistía Internacional, “*We Are at Breaking Point: Rohingya: Persecuted in Myanmar, Neglected in Bangladesh*” (Índice: ASA 16/5362/2016), 19 de diciembre de 2016.

³¹ Centro de Noticias de la ONU, “UN envoy urges greater support for Rohingya victims of sexual violence”, 16 de noviembre de 2017.

Esto incluye a cualquier persona recluida en centros de detención no oficiales, como las bases y puestos de las fuerzas armadas y de la policía de fronteras.

ROBOS Y VIOLENCIA SEXUAL DURANTE LA HUIDA A BANGLADESH

Tras huir de la persecución continua en sus pueblos, los hombres, mujeres, niños y niñas rohingyas han padecido nuevos abusos en su camino a Bangladesh. Todas las personas recién llegadas procedentes de los subdistritos de Buthidaung y Rathedaung a las que entrevistó Amnistía Internacional señalaron que miembros de las fuerzas de seguridad de Myanmar les habían robado dinero y otros objetos de valor en puestos de control en el camino. Las mujeres describieron abusos sexuales y relataron que los soldados las registraban por debajo de su ropa en busca de joyas y dinero ocultos. Cuando llegaron a un embarcadero en Myanmar, muchas de las personas rohingyas que llegaron a Bangladesh en enero de 2018 tenían casi únicamente la ropa que llevaban puesta.

Fatima, de 22 años, dejó su pueblo, Kan Sit, en el norte del subdistrito de Rathedaung, en diciembre de 2017, debido a la falta de alimentos que provocó en parte la confiscación del bote de pesca de su padre por cruzar a una zona considerada territorio de una comunidad vecina no rohingya.³² Fatima caminó durante días, llevando a su hijo de nueve meses, hasta atravesar la comarca de Sein Hnyin Pyar, por la que decenas de miles de rohingyas han cruzado, en su huida, la cordillera que separa el sur del subdistrito de Buthidaung del subdistrito de Maungdaw.

Las fuerzas de seguridad de Myanmar —señaló Fatima— habían instalado a los pies de la montaña un puesto de control con alambre de púas, y rápidamente rodearon a las decenas de familias rohingyas con las que había huido. La mujer apuntó que la mayoría eran soldados, pero que también había varios agentes de la policía de fronteras. Separaron a hombres y mujeres y comenzaron a registrar el cuerpo de cada persona y las bolsas con sus posesiones. A Fatima le quitaron dinero, teléfonos móviles, un pequeño panel solar portátil y pilas; también los vio robar joyas de oro a otras mujeres que estaban cerca. Tras concluir su saqueo, los soldados preguntaron al grupo si se iba a quejar a su llegada a Bangladesh; los miembros del grupo dijeron que no, y los dejaron marcharse.³³

Más de una decena de hombres y mujeres rohingyas, de siete pueblos distintos, hicieron descripciones similares de robos que padecieron en diciembre y enero a manos de las fuerzas de seguridad de Myanmar a los pies del paso de montaña cercano a Sein Hnyin Pyar. Mohammed Salam, de 37 años, relató que iba en un grupo de varios centenares de personas que llegaron a principios de enero a la misma valla de alambre de púas. Una vez que unos 20 soldados los habían rodeado y habían separado a las mujeres de los hombres, llamaron a cada persona una por una, la registraron y le preguntaron su nombre y su pueblo; uno de los soldados presentes hizo una lista. La esposa de Mohammed Salam había cosido un bolsillo por dentro de su ropa, en el que había escondido la mayor parte de las riquezas de la familia: 600.000 kyats (unos 451 dólares estadounidenses) y algo de oro. Los soldados lo encontraron y le robaron todo. A Mohammed Salam le quitaron un panel solar portátil, ropa y 6.500 kyats (unos 4,89 dólares estadounidenses), para luego devolverle 1.500 kyats. Además, los vio registrar y robar de una forma similar a todos los adultos y niños de más edad del grupo.³⁴

El robo sistemático priva a los rohingyas que huyen de los pocos objetos de valor que pueden llevarse consigo, con lo que los soldados suelen empeorar aún más su situación. Cuando Zaiur Rahman, de 31 años, llegó a ese mismo puesto de control, los soldados les robaron a su familia y a él todos sus objetos de valor, incluidos una linterna, 70.000 kyats (unos 53 dólares estadounidenses) y los pendientes de oro de su esposa. Los soldados abrieron luego su bolsa, que contenía sobre todo ropa. Señaló que los soldados sacaron la mejor ropa de su bolsa y de las de otras familias y que luego la pusieron en un montón y le prendieron fuego. “Cuando nos íbamos, hacía un poco de frío. Uno de los soldados nos dijo que fuéramos a calentarnos al lado del fuego [en el que ardía la ropa]”, recuerda.³⁵

Cuando roban a los rohingyas en su camino a Bangladesh, las fuerzas de seguridad a veces abusan sexualmente de las mujeres, y soldados hombres registran bajo sus ropas en busca de objetos de valor ocultos. Khateza, de 22

³² Fatima señaló que su padre fue al puesto de la policía de fronteras para denunciar la confiscación de su bote de pesca. Afirmó que, en lugar de permitirle hacer la denuncia, lo golpearon y que le dijeron que no debía entrar en la zona de la comunidad no rohingya vecina. Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

³³ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018. Fatima señaló que había estudiado hasta cuarto curso inclusive en el colegio, lo cual le permite entender y hablar birmano a un nivel básico. Afirmó que, por sus conocimientos de birmano, los soldados le pidieron que hiciera de intérprete para las demás mujeres y que respondiera preguntas en nombre de todo el grupo.

³⁴ Entrevista con Amnistía Internacional, campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 23 de enero de 2018.

³⁵ Entrevista de Amnistía Internacional, campo de refugiados de Balukhali, Bangladesh, 24 de enero de 2018.

años, dejó su pueblo, Thein Taung Pyin, en el sur del subdistrito de Buthidaung, a fines de enero. Amnistía Internacional la entrevistó el 29 de enero, el día que llegó a un campo de refugiados en Bangladesh. Las fuerzas de seguridad de Myanmar vieron que el grupo se acercaba a la valla de alambre de púas cerca de Sein Hnyin Pyar, bajaron y de nuevo separaron a hombres y mujeres. Khateza recordó:

“Registraron todo: nuestros cuerpos, nuestras bolsas. Yo llevaba conmigo algo de comida para mis hijos, y se la quedaron. Me quitaron el teléfono móvil. Yo no llevaba dinero, pero a otras personas que sí llevaban dinero, se lo quitaron. También se quedaron con las joyas de oro.

Nos registraron el cuerpo. Nos quitaron la ropa [exterior]. A todas las mujeres jóvenes, incluida a mí, nos registraron así: nos metieron la mano [sobre los pechos]. [...] Fue muy desagradable, pasamos mucha vergüenza. Yo lloraba.”³⁶

Dildar Begum, de 30 años, huyó del pueblo de Ka Kyet Bet Kan Pyin, cerca de la localidad de Buthidaung, cuando su familia ya no lograba obtener alimentos suficientes.³⁷ Tomó un camino distinto, pero tuvo el mismo problema. A su llegada al subdistrito de Maungdaw, entre 10 y 12 soldados de Myanmar pararon a su familia y a las 15 familias con las que viajaban. Dildar Begum añadió que, en el proceso de registrar y robar al grupo, los soldados quitaron el velo a las mujeres que vestían burkas y nunca se lo devolvieron. “Fue una forma de atacar nuestra dignidad”, explica a Amnistía Internacional.³⁸

Cuatro personas recién llegadas también relataron a Amnistía Internacional que, en una de sus paradas en puestos de control, los soldados las grabaron mientras les preguntaban si las fuerzas armadas las habían maltratado; ellas se sintieron obligadas, por su propia seguridad, a decir que no.³⁹

Muchos rohingyas señalaron que, después de que les robaran todo, ya no tenían dinero para pagar a los lancheros de Bangladesh que, durante toda la crisis, han cobrado muchas veces entre 30.000 y 70.000 kyats (entre 23 y 53 dólares estadounidenses) por persona para trasladar a los rohingyas al otro lado del río Naf o del golfo de Bengala, permitiendo normalmente viajar gratis a los niños menores de 10 años. Varias personas rohingyas recién llegadas a las que entrevistó Amnistía Internacional señalaron que habían pedido a amigos o parientes en Bangladesh (o, en un caso, en Malasia) que transfirieran dinero a los lancheros para poder abandonar Myanmar. Otros pidieron prestado dinero a vecinos y parientes que habían tenido más suerte a la hora de esconder sus posesiones en los puestos de control. Algunas personas debieron quedarse atrás en el embarcadero, tratando de reunir fondos para cruzar.

CONSTANTES CRÍMENES DE LESA HUMANIDAD

En los últimos 14 meses, Amnistía Internacional ha documentado en detalle graves violaciones de derechos humanos perpetradas por las autoridades de Myanmar de manera deliberada en el marco de ataques generalizados y sistemáticos contra la población civil rohingya en el estado de Rajine. Esos hechos constituyen crímenes de lesa humanidad recogidos en el derecho internacional.⁴⁰

Las violaciones de derechos humanos que se detallan en este documento informativo, en el contexto de los ataques continuos contra la población rohingya, también constituyen crímenes de lesa humanidad, entre ellos el crimen de *apartheid*.⁴¹ Esos crímenes incluyen:

- **Deportación o traslado forzoso de población,**⁴² al someter a una presión continua a la población rohingya para obligarla a abandonar la zona, haciendo intolerable para esas personas la vida en el estado de Rajine;
- **Desaparición forzada de personas,**⁴³ como el secuestro de mujeres y niñas por parte de las fuerzas armadas, sin informar posteriormente a sus familias sobre su suerte o su paradero. Eso constituye asimismo una **encarcelación u otra privación grave de la libertad física en violación de normas**

³⁶ Entrevista con Amnistía Internacional, centro de tránsito del campo de refugiados de Kutupalong, Bangladesh, 29 de enero de 2018.

³⁷ Entrevista de Amnistía Internacional, campo de refugiados de Balukhali, Bangladesh, 24 de enero de 2018.

³⁸ Entrevista de Amnistía Internacional, campo de refugiados de Balukhali, Bangladesh, 24 de enero de 2018.

³⁹ Entrevistas con Amnistía Internacional, Bangladesh, enero de 2018.

⁴⁰ Véase Amnistía Internacional, “*We Are at Breaking Point*”; Amnistía Internacional, “*My World Is Finished*”; Amnistía Internacional, *Caged Without a Roof*.

⁴¹ Véase Amnistía Internacional, *Caged Without a Roof*, pp. 88-98.

⁴² Véase, p. ej., el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, adoptado el 17 de julio de 1998 (A/CONF.183/9, según la enmienda posterior) y que entró en vigor el 1 julio de 2002, artículo 7.1.d.

⁴³ Estatuto de Roma, artículo 7.1.i.

fundamentales de derecho internacional,⁴⁴ y es motivo de grave preocupación por la posibilidad de que se hayan cometido otros crímenes, especialmente **violación, esclavitud sexual** y otros crímenes similares;⁴⁵

- **Otros actos inhumanos de carácter similar que causen intencionalmente grandes sufrimientos o atenten gravemente contra la integridad física o la salud mental o física**,⁴⁶ como privación forzada de alimentos, privación de fuentes de ingresos y abusos sexuales.

CONCLUSIÓN

Cinco meses después de que las fuerzas armadas de Myanmar pusieran en marcha una campaña brutal de limpieza étnica contra la población rohingya en el norte del estado de Rajine, las fuerzas de seguridad siguen cometiendo graves violaciones de derechos humanos contra quienes permanecieron en la zona tras la fase de violencia más aguda. En lugar de aterrorizar a la población con homicidios, violaciones y la quema generalizada de pueblos rohingyas, las fuerzas de seguridad generalmente utilizan hoy medidas más silenciosas y sutiles para forzar a los miembros de esa comunidad a abandonar la zona, haciendo tan intolerable la vida para ellos que les quedan pocas opciones más allá de marcharse.

Esta situación no debe continuar. Debe producirse una acción internacional eficaz, que incluya el ejercicio de una presión importante sobre las fuerzas armadas de Myanmar para que pongan fin a las violaciones de derechos humanos. Si no, esta campaña de limpieza étnica seguirá su avance implacable y desastroso. Varios centenares de personas siguen huyendo cada semana, por lo que la propuesta de una devolución inminente y organizada de refugiados rohingyas a Myanmar es claramente prematura. En lugar de eso, la comunidad internacional debería centrarse en garantizar que las personas rohingyas a ambos lados de la frontera tengan acceso pleno y sostenido a ayuda humanitaria y gocen de un respeto y una protección totales en lo que respecta a sus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales, incluido el derecho de quienes huyen de Myanmar a solicitar y recibir asilo en Bangladesh. La comunidad internacional debe asimismo exigir rendición de cuentas y poner fin a la impunidad con la que actúan las fuerzas armadas de Myanmar, imponiendo sanciones económicas a los altos mandos implicados en violaciones de derechos humanos y crímenes recogidos en el derecho internacional y garantizando a la misión de investigación de la ONU acceso a todo el territorio de Myanmar.

⁴⁴ Estatuto de Roma, artículo 7.1.e.

⁴⁵ Estatuto de Roma, artículo 7.1.g.

⁴⁶ Estatuto de Roma, artículo 7.1.k.